

Quédate con nosotros

Domingo III T. Pascual. Ciclo A
Hch 2,14.22-33; Sal 15,1-11; 1P 1,17-21; Lc 24,13-35

Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?» Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días?»...

Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles:

El día de Pentecostés, Pedro, de pie con los Once, pidió atención y les dirigió la palabra: «Judíos y vecinos todos de Jerusalén, escuchad mis palabras y enteraos bien de lo que pasa. Escuchadme, israelitas: Os hablo de Jesús Nazareno, el hombre que Dios acreditó ante vosotros realizando por su medio los milagros, signos y prodigios que conocéis. Conforme al designio previsto y sancionado por Dios, os lo entregaron y vosotros, por mano de paganos, lo matasteis en una cruz. Pero Dios lo resucitó, rompiendo las ataduras de la muerte; no era posible que la muerte lo retuviera bajo su dominio, pues David dice: "Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré.

Las lecturas iniciales de este domingo están tomadas de los discursos misioneros pronunciados por los apóstoles ante los judíos. La liturgia de hoy expone un fragmento del primer discurso pronunciado por Pedro el día de Pentecostés. El anuncio primitivo, que rezuma este discurso de Pedro, se centra en la Muerte y Resurrección de Cristo. La alusión a la vida prepascual o histórica de Jesús es breve. El contenido nuclear reside en la Pascua y, más aún, en la Resurrección.

El libro de los Hechos recoge ocho discursos: seis se dirigen a sus paisanos del pueblo elegido (Act 2, 14-35; 3, 12-26; 4, 9-12; 5, 29-32; 10, 34-43; 13, 17-41) y dos a paganos (Act 14, 15-17; 17, 22-31). Los primeros aducen los mismos argumentos y se basan en un fondo escriturístico común, aunque no podemos determinar, si se deben a la redacción de San Lucas o a la catequesis primitiva. Lo cierto es que todos contienen un exordio que sintetiza la idea del discurso, un relato generalmente idéntico de la muerte y de la resurrección de Cristo, apoyado en las Escrituras, una proclamación de la soberanía de Cristo sobre el mundo y un llamamiento a la conversión.

Los apóstoles, formando un colegio presidido por Pedro, están allí presentes. Son los primeros testigos; su testimonio congregará las doce tribus del Nuevo Israel de Dios. El sermón de Pedro es un testimonio según la promesa del Señor. Tras el milagro de las lenguas, Pedro habla con la fuerza del "Espíritu de Verdad"; proclama la Resurrección que ellos han vivido en su propia experiencia, e interpretado en cumplimiento de las profecías del A.T. Que sucediera "según las Escrituras", fue desde el principio una de las convicciones más arraigadas en la Iglesia (Hch 13. 32-37; 1 Co 15. 3).

El núcleo del discurso responde a las leyes de los discursos misioneros. Comienza con un resumen del ministerio público de Jesús de Nazaret, sigue el relato de los hechos de su muerte, por lo que indica la responsabilidad de los habitantes de Jerusalén y finaliza con la proclamación. Los vv. 24 a 32 enumeran los argumentos escriturísticos con mayor fuerza probatoria.

Los judíos pecaron por su incredulidad, al rechazar al que Dios había enviado; rechazo tan insondable que llegó hasta la hondura de crucificarlo con la colaboración pagana del romano Poncio Pilato. Jesús fue excomulgado de la Sinagoga y arrojado de la comunidad de los vivos. Jesús fue desechado por la religiosidad oficial y los poderes políticos de este mundo. Murió fuera de los muros de la "Ciudad Santa", lo mismo que un esclavo que lucha por la libertad de los oprimidos. Pero Dios lo resucitó y la Vida triunfó sobre la muerte, el límite de toda represión.

El apóstol piensa que David pudo anunciar, en el Sal 15/16, que su descendiente no conocería la muerte, porque tenía conocimiento de la promesa mesiánica recordada en el Sal 132/133, 10-11. San Pablo cree que David hablaba proféticamente en nombre del Mesías, su descendiente, que había de resucitar de entre los muertos. Sin duda, los argumentos escriturísticos no constituyen pruebas de la resurrección; antes bien, se piensa que la experiencia escatológica por la que pasan los cristianos les confirma en la convicción de que la misión mesiánica de Jesús continúa y recibió en Pascua su consagración.

El Apóstol se sirve de la Biblia para desentrañar el significado de la resurrección. Hay que advertir que la argumentación escriturística de los apóstoles descansa en cimientos muy frágiles. Pero Pedro piensa encontrar así la esperanza mesiánica del pueblo. La resurrección se revela a hombres que, a falta de esperanza mesiánica, comparten, al menos, las esperanzas humanas e intentan corresponderlas con humildad sin vanos orgullos.

Jesús, fiel a Dios y a su vocación de Mesías, consciente de que Dios le llamaba a fundar el Reino Mesiánico, se enfrentó a la muerte, con la convicción de que su Padre le libraría de ella para poder terminar su misión. Es la glorificación y exaltación total del Hombre-Dios. Cristo solidarizado con el hombre, le abre el camino, para sufrir el mismo destino suyo. Así pues, el cristiano tiene también su pasión y su cruz, pero, con la seguridad de que todo termina en la Gloria y en la Pascua de Jesús. Dios actuará con nosotros de forma análoga a la de Jesús. El plan de Dios triunfará.

Salmo responsorial:

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti; yo digo al Señor: «Tú eres mi bien» El Señor es el lote de mi heredad y mi copa; mi suerte está en tu mano. Bendeciré al Señor, que me aconseja, hasta de noche me instruye internamente. Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré.

Lectura de la primera carta del apóstol San Pedro:

Si llamáis Padre al que juzga a cada uno, según sus obras, sin parcialidad, tomad en serio vuestro proceder en esta vida. Ya sabéis con qué os rescataron de ese proceder inútil recibido de vuestros padres: no con bienes efímeros, con oro o plata, sino a precio de la sangre de Cristo, el Cordero sin defecto ni mancha, previsto antes de la creación del mundo y manifestado al final de los tiempos por nuestro bien. Por Cristo vosotros creéis en Dios, que lo resucitó de entre los muertos y le dio gloria, y así habéis puesto en Dios vuestra fe y vuestra esperanza.

Esta primera carta de San Pedro se inscribe en el género epistolar por su encabezamiento y por la despedida final. En su conjunto aporta unas exhortaciones de motivación cristológica. Dicha estructura se halla muy bien delimitada en este texto: tras el encabezamiento y el saludo (1-2) describe y define la vida cristiana, fundamento de la esperanza (3-12). Al final, invita a vivir la esperanza en obediencia y temor (13-21).

Es un guión pastoral para la celebración de la vigilia pascual conforme al rito cristiano y del bautismo; recoge la oración inicial de la liturgia, inspirada en un antiguo himno bautismal. La homilía, afianzando la fe y conversión en Jesucristo vivo, contiene un comentario cristiano del ritual de la Pascua judía. Lo mismo que los hebreos en el banquete pascual, los cristianos tienen que ceñirse los lomos del espíritu" (1 Pe 1,13; cf. Ex 12,11); como los primeros debían velar toda la noche, los segundos tienen que estar "vigilantes". Los hebreos se vieron libres de la esclavitud de Egipto por la sangre de un cordero "corruptible"; los cristianos son salvados por la sangre "preciosa" de Cristo. Cristo es el verdadero "Cordero de Dios" (Jn 1,29.36), sin mancha y sin pecado, que se ha ofrecido a sí mismo en sacrificio para pagar por todos los pecados del mundo y alcanzar así la verdadera libertad de los hombres. Todo lo que estaba ya prefigurado en el sacrificio del cordero pascual en el A.T. (cfr. Lv 1,10; 3,6; 4,32; 22,19-21; Ex 29,1) se cumple abundantemente en el sacrificio de la cruz (Mt 26,28; Mc 14,24; Rm 3,25; Ef 1,7; Heb 9,14, etc.).

La muerte y la liberación de Cristo se presentan, como un misterio del amor de Dios para con el hombre; recibir el bautismo es participar en ese misterio y profesar la fe; constituye un nuevo nacimiento (cf. Jn 3,11). La tradición cristiana hablará del nacimiento en el Espíritu. Se trata, pues, de dar un giro completo a la existencia, dirigida en adelante hacia Dios, en la obediencia a la verdad y traducida en amor a los hermanos que sólo Dios inspira.

Insiste en que la vida cristiana ha de manifestarse en la fe y adhesión a Cristo con un estilo concreto, de acuerdo a las circunstancias personales; del mismo modo que El ha padecido y ha sido glorificado, también debemos pasar nuestros padecimientos. Promover la construcción de la persona por encima de cualquier materialismo es la tarea que ha de hacer el cristiano.

Exhorta a obrar como hijos ejemplares de quien llamamos Padre. El invocar a Dios como "Padre nuestro" (Mt 6,9; Rm 8,15; Gál 4,6) significa que somos hijos, coherederos con Cristo, que amamos y somos amados, sin olvidar nunca, para vivir santamente, el alto precio con el que hemos sido rescatados de una vida sin sentido y sin libertad. El precio del rescate tiene mucho más valor que todo lo que tenemos por más valioso. Es la sangre de Cristo, el cordero verdadero, sacrificado para que los demás tengamos vida. Esta realidad forma parte del plan salvador de Dios, que ha culminado en la resurrección y glorificación de Jesús. De aquí nace la posibilidad de poner en este Dios la fe y la esperanza, que comportan, claro está, un estilo de vida determinado: el mismo que llevó a Jesús a la glorificación.

Toda la historia llega a su destino en Cristo, muerto y resucitado. Es así como lo ha ordenado el Dios Vivo, el Dios de la historia, desde toda la eternidad. La voluntad de Dios se ha manifestado, en su Hijo que vino al mundo a cumplir su misión (Rm 16,25s; Col 1,26).

Esta primera de Pedro viene a dar ánimo y esperanza a los creyentes que se ven atrapados en un momento de particular dificultad, probablemente, la persecución de Nerón. Dios es un juez justo (Rom 2,11), y un padre (Mt 6,9), por el triunfo de Jesús. El hombre tiene un Padre, que sabe perdonar.

El Evangelio según San Lucas relata hoy el hermoso pasaje del camino de los discípulos de Emaús, que le ruegan: "Mane nobiscum", al atardecer del mismo día de la resurrección de Jesús. Para la liturgia, la semana de Pascua constituye una perfecta unidad con el día de la resurrección.

La narración parte de Jerusalén y termina en Jerusalén e indica el mismo itinerario recorrido a la inversa. Pero, para Lucas, Jerusalén, más que una ciudad, es el lugar donde están los once y los demás. Jerusalén es el grupo creyente, los dos de Emaús lo han abandonado y retornan a él y comprueban que ya creen en Jesús Resucitado. No son, pues, los dos de Emaús los que hacen suscitar esa fe. Este dato es importante para captar el sentido del relato: no tiene intención apologética, el demostrar la resurrección de Jesús, sino, catequética, instruir cómo acceder y encontrarse con el Resucitado; intenta ejemplarizar el camino de Emaús, para que sus lectores de todos los tiempos entiendan que Jesús camina junto a ellos en toda su vida, que han de abrir sus ojos y saber descubrirlo siempre a su lado, pues "era necesario que el Mesías padeciera todo esto y así entrara en su gloria".

Los destinatarios del relato no son los que rechazan la resurrección de Jesús, sino los cristianos que no han tenido el tipo de acceso que tuvieron los testigos presenciales. Los dos de Emaús tipifican a los cristianos que no hemos sido testigos directos.

Los caminantes en el episodio están designados simplemente como "dos de ellos". Por el contexto se ve claro que no son dos miembros del Colegio Apostólico; al final del relato se dice que "volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once", pues ya faltaba Judas. Se sabe, que uno de ellos se llamaba Cleofás y ninguno de los Doce tenía ese nombre. Sin embargo, ellos hablan como parte de un grupo concreto, se refieren a María Magdalena y a las demás mujeres que habían ido al sepulcro de Jesús llamándolas: "Algunas mujeres de las nuestras", y a Pedro, que corrió al sepulcro a verificar la noticia: "Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro...". El pronombre personal "ellos", que equivale al posesivo "los nuestros", indica "los Once y todos los demás" (Lc 24,9).

Es cierto que Jesús había formado, aparte de los Doce, una comunidad más amplia que incluía también mujeres. Cuando convocó a los Doce, el Evangelio dice: "Llamó a sus discípulos y eligió a doce de entre ellos" (Lc 6,13). Y más adelante añade: "Bajó con ellos y se detuvo en un paraje llano: había un gran número de discípulos suyos..." (Lc 6,17). En su vida Jesús hace dos envíos a anunciar el Reino de Dios: el de los Doce (cf. Lc 9,1-2) y el de otros setenta y dos (cf. Lc 10,1). Evidentemente, pues, Jesús, en el momento de su muerte, había fundado una comunidad de discípulos, hombres y mujeres, asentada sobre la base sólida de los Doce, con la convicción clara de pertenencia y militancia entre los suyos que, después, recibirá el nombre de Iglesia. Se puede afirmar que estos dos de Emaús son del círculo de los más íntimos; demuestran conocer bien todo lo referente a Jesús, incluso lo ocurrido esa misma mañana y se refieren a Pedro familiarmente como "uno de los nuestros". Tal vez son del grupo de los setenta y dos.

Jesús se une a ellos y camina once km hasta Emaús. Van apenados comentando los sucesos de esos días en Jerusalén: "Nosotros esperábamos que sería él quien iba a liberar a Israel". Se alejan de Jerusalén porque ya no esperan que prospere el movimiento creado por Jesús. De ahí, el reproche bastante severo: "¡Oh insensatos y tardos de corazón, para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?". Jesús reprende su incredulidad, tenían que haber creído las profecías y entendido la necesidad de su pasión y muerte; en lugar de fracaso, habían de ver en eso la prueba de que Jesús es el Cristo, porque "era necesario que el Cristo padeciera eso". Jesús les explica: "Empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, lo que había sobre él en todas las Escrituras", sigue con la legislación de Moisés sobre los sacrificios expiatorios, especialmente lo referente al cordero pascual, que se cumplía en él, el "Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1,29), que es también el sacerdote que lo ofrece (Heb 7,26-28), y que él es el Siervo de Yahvé, que cargó con el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes" (Is 53,12),

A la luz de esta explicación que hacía arder su corazón en el camino, cobró su sentido toda su vida. Una vez tomado ese alimento del alma ya no era necesario que Jesús permaneciera a su lado en forma visible, porque permanecía igualmente vivo en su corazón. La Palabra viva del Señor "enciende sus corazones" y da una nueva luz a todo aquello

vivido. El episodio de los peregrinos de Emaús aparece como la celebración de la renovación que la resurrección de Jesús opera en aquellos que aceptan tal mensaje. Al final de su larga marcha, los dos discípulos están renovados por completo. Su comprensión de la vida ya es "otra". Hasta entonces, veían en la muerte el fracaso último de la humanidad. Todos "esperaban" otra cosa. Se movían en otro nivel, muy distinto al de Jesús. Lo habían oído, pero no escuchado; habían visto signos, pero no habían creído. Ahora, "al partir el pan" lo reconocen. Se abren y miran con los ojos de la fe; ahora, ven y oyen, escuchan la Palabra y entienden, reconocen y reencuentran a Jesús en el viajero acompañante, ahora vivo y glorioso.

La conversación de Emaús desemboca en una comida. Hay que señalar la unión existente entre estas meditaciones bíblicas y la comida. Se puede pensar que se trata de la primera eucaristía ofrecida por el Sacerdote Resucitado y que fue el Memorial de una realidad cumplida; en tal caso tendríamos ahí el modelo de todas nuestras misas: Palabra y después Fracción del Pan.

"Insensatos y tardos de corazón"; insensatez y tardanza es la ceguera del entendimiento, que no se abre a la necesidad de la Pasión" y a la verdad de la palabra del Evangelio. Con razón dice Jesús a los judíos que se declaraban seguidores de Moisés: "Si creyerais a Moisés, me creeríais a mí, porque él escribió de mí" (Jn 5,46). Y, hoy, sigue clamando: Si creyerais en el Evangelio, creeríais en mí, en Jesucristo, que ofreciéndose a sí mismo", por su obediencia complace a Dios y porque "indefenso se entregó a la muerte y fue contado entre los malhechores por nuestros pecados y los del pueblo. La vida con sus ilusiones y decepciones, con momentos de búsqueda y de duda, con experiencias dolorosas y de alegría es el camino de Emaús. Ahí está también ese cierto desencanto de la sociedad, la sensación de que algo en lo que se había puesto toda la confianza les ha defraudado. El desánimo de los que caminan hacia Emaús muestra la desconfianza de todos los discípulos.

El Señor se ha hecho compañero de viaje para todos nosotros, y, sin que lo notemos, nos va dando sus explicaciones; hemos de abrir la mente, sentirlo al lado y dejar que esa Palabra llegue, como la buena semilla al barbecho más profundo de nuestro corazón, que la reciba y, por obra del Espíritu Santo, produzca abundantes frutos de salvación. Seremos testigos del Señor ante el mundo entero. Nuestras palabras, respaldadas por el buen ejemplo, darán una buena cosecha. Hemos de pasar haciendo el bien a todos. Sólo entonces la Iglesia de Cristo será digna de crédito.

Somos conscientes de que hay muchas cosas que han creado divisiones entre nosotros; por eso hemos de aprender a unirnos y a amar al Señor cada día con mayor madurez desde el perdón, la comprensión, la justicia y la solidaridad para con nuestro prójimo. Es ahí, en los diversos ambientes de la vida diaria, donde debemos hacer que ardan los corazones, para crear, a impulsos del Espíritu Santo que habita en nosotros, un mundo que camine hacia la plena civilización del amor; sólo así seremos signos creíbles del Reino de Dios eficiente en su fuerza salvadora. El amor al prójimo abrirá nuestros ojos a sus pobreza y a sus angustias, a su hambre y desnudez, para trabajar por el justo reparto de los bienes y venga su Reino de justicia y de paz. Sólo entonces la Iglesia, caminante en cercanía de Cristo, traerá, a la humanidad entera, la salvación.

Así podremos contar a los hermanos lo que vivimos en el camino. Quédate con nosotros.

Camilo Valverde Mudarra